

ALBERTO
VÁZQUEZ-FIGUEROA

CRIMEN CONTRA
LA HUMANIDAD

UNA NOVELA QUE SALVARÁ VIDAS



¿Puede una novela salvar vidas?

Con su novela *Coltán*, Alberto Vázquez-Figueroa fue el primero en denunciar que empresas multinacionales se estaban enriqueciendo con el preciado mineral a base de financiar sangrientas guerras en el Congo. La repercusión fue inmediata: el mundo supo reaccionar, cesaron las guerras y se salvaron vidas.

El mismo autor rompe ahora otro tabú informativo al acusar a aquellos que atentan contra la salud de millones de hombres, mujeres y niños. *Crimen contra la humanidad* no sólo puede salvar vidas, sino que puede enviar a la cárcel a quienes están cometiendo un lento y cruel genocidio. Cada muerto les reporta ingentes beneficios, a los que no están dispuestos a renunciar aunque a menudo vean morir a sus propios hijos.



Capítulo I

Abrió el sobre y le sorprendió descubrir que contenía una colilla.

Tiempo atrás, conociendo como conocía a Simon, hubiera pensado que se trataba de una de sus absurdas bromas, o una de aquellas adivinanzas con las que les encantaba retarse.

Sin embargo, conociendo como conocía a Simon, le constaba que ya no estaba de humor para juegos, puesto que había pasado de ser una persona alegre, animosa y divertida, a ser un hombretón hosco y amargado: la sombra de sí mismo y de cualquier ser humano, tan introvertido y obsesionado, que parecía vivir en las nubes.

Lo echaba de menos; es decir, echaba de menos al Simon de años atrás, aquel que lo sabía todo sobre libros, música o cine, aquel con quien solía pasar horas hablando, paseando, discutiendo y poniendo mutuamente a prueba su inteligencia y su capacidad de raciocinio.

Durante el último año, desde que Alicia enfermó, el esplendoroso universo creativo de Simon parecía haberse convertido en un infierno; el mismo infierno por el que solían pasar todos aquellos a quienes la muerte elegía con el fin de llevárselos haciéndoles sufrir lo máximo posible.

¿Por qué a mí, Señor...?

¿Por qué a ella?

Nadie tenía nunca una respuesta a tal pregunta; Simon tampoco la tenía, pero el dolor que experimentaba era tan profundo que aunque se hubiera dejado uñas y dientes en el intento jamás conseguiría aflorar a la superficie.

Le llamó pero no obtuvo respuesta.

Dejó pasar unas horas, volvió a intentarlo, pero al escuchar de nuevo la impersonal voz femenina que le notificaba que el número estaba apagado o fuera de cobertura, le telefoneó a la oficina y la respuesta le dejó helado:

—Ha muerto.

—¡No es posible! Hace una semana estaba bien... ¿De qué ha muerto?

—Le atracaron al salir de su casa; se resistió y le golpearon tan duramente que estuvo tres días hospitalizado y no consiguió superarlo. Le destrozaron el hígado y el bazo.

Cogió el primer tren y mientras contemplaba un paisaje que había visto docenas de veces le vinieron a la mente tantos recuerdos que tuvo que hacer un enorme esfuerzo para no echarse a llorar.

Ya lo habían enterrado donde Simon quería, junto a su esposa, y al contemplar las tumbas de los que no hacía mucho eran dos seres sanos, esperanzados y siempre alegres, no pudo evitar hacerse la misma pregunta:

¿Por qué, Señor? ¿Por qué a ella que soñaba con quedarse embarazada y bromeaba siempre sobre que él no se esforzaba lo suficiente?

—¿Esforzarme...? —solía ser la divertida respuesta de Simon—. Asfixiado me tienes, de la cama al sofá y del sofá a la cama.

Eran a todas luces felices; felices en la espera, sabiendo que más pronto que tarde, aquel mes o al siguiente llegaría la gran noticia y la naturaleza completaría el círculo que se había dibujado desde que el primer signo de vida emergió de la nada.

Tenían derecho.

Más derecho que nadie, puesto que se amaban más que nadie.

Pero el destino nunca ha entendido de derechos, y rara vez suele dar lo que le pertenece a quien en verdad le pertenece.

La noticia fue otra; la peor, la que recibían a diario millones de personas.

¡Cáncer!

¿Por qué, Señor? ¿Por qué?

La casa estaba igual, pero ya no era la misma, tan muerta como sus dueños.

Tenía la llave al igual que Simon tenía llave de la suya, porque, excepto mujeres, siempre lo habían compartido todo.

A decir verdad aquello no era totalmente exacto; muchos años atrás habían compartido una cuyo nombre ninguno conseguía recordar.

Era rubia, tetona y gritaba en la cama, eso lo tenían muy claro; del resto ni se acordaban.

Se sentó en el salón en el que habían pasado tantas horas hablando; recorrió las habitaciones que ya no olían igual porque los hogares huelen como sus dueños y aquel ya no tenía dueños, y buscó en la mesa del despacho algún sobre parecido a aquel que había recibido conteniendo una colilla.

Pero no había ninguno.

Ni colillas, puesto que ni Simon ni Alicia fumaban.

Ella no dudaba en espetarle sin pelos en la lengua que si pretendía envenenarse con uno de sus apestosos habanos saliera a la terraza, porque por muy amigo de su esposo que fuera no le apetecía lavar las cortinas cada vez que le apeteciera visitarles.

—¡Bruja cortinera...!

—No sólo lo hago por las cortinas, sino por las alfombras. Y por ti... —le respondía de inmediato—. ¿Aún te resistes a aceptar que el tabaco mata?

—También aseguran que produce impotencia y hasta ahora nadie se me ha quejado.

—¡Pronto lo notarás!

—Pues prefiero que me mate a que me deje impotente... —bromeó.

Ahora los dos estaban muertos, él los echaba de menos sentado en su salón y tuvo que resistir la tentación de encender «uno de sus apestosos habanos» pese a saber que Alicia ya no tendría que lavar las cortinas.

Se sentó a llorar y lo hizo hasta que llegó Gloria y lloraron juntos.

Fue como si le hubieran dado un masaje después de haber corrido una maratón.

Gloria no sabía nada de la carta ni de la colilla debido a lo cual se mostró muy sorprendida, puesto que también sabía que Simon ya no perdía el tiempo con aquel tipo de tonterías de adolescentes.

—Vivía atormentado... —dijo—. Como si el fuego le estuviera abrasando las entrañas o una rata le royera el corazón. Algo le obsesionaba, pero nunca quiso hablarme de ello.

—Raro en él porque nunca se calló lo que pensaba.

—Pero ahora pensaba mucho y hablaba poco. Tenía una libreta en la que tomaba notas y la llevaba a todas partes.

—¿Dónde está?

—No lo sé. No la encontré ni aquí ni entre los objetos que me entregaron en el hospital.

—¿Y no te extrañó?

Ella se encogió de hombros como queriendo dar a entender que aquel era un detalle que carecía de importancia.

—¿Acaso crees que me encontraba en condiciones de pensar en libretas mientras Simon se moría? Era mi hermano, Roman. ¡Mi único hermano! Unos canallas le destrozaron a golpes y aún los andan buscando. Lo único que podía hacer era rezar.

—¿Por qué no me llamaste?

—¿Para qué? ¿Para amargarte la vida? Pensaba hacerlo en cuanto saliera de peligro pero nunca salió. En realidad llevaba en peligro demasiado tiempo.

Roman Askildsen observó con infinito cariño a la atribulada muchacha a la que siempre había considerado casi una hermana.

De adolescente era una auténtica «plasta» a la que le encantaba distraerles cuando estaban trabajando y aprovechaba cualquier ocasión para acusarles de machistas, que tan sólo inventaban historias en las que las mujeres no eran más que descerebrados pedazos de carne.

Y razón le sobraba; en todos los guiones que escribieron juntos, la mayoría de los cuales nunca llegaron a rodarse, jamás se habían planteado la posibilidad de concederle el protagonismo a una mujer.

Tal vez se debiera a que eran muy jóvenes y soñaban con ser los héroes de sus propias historias, o tal vez se debiera a que a decir verdad no sabían nada sobre mujeres, excepto que eran unas criaturas maravillosas cuando les hacían caso y unas pedantes engreídas cuando les rechazaban.

Probablemente, esa fue una de las razones por las que tardaron en triunfar en un oficio para el que estaban claramente dotados.

Él solía poner la imaginación y Simon montaba meticulosamente cada escena, dotándola de ritmo o de cadencia, pero les resultaba por completo imposible meterse en la piel de una mujer que pensara y actuara como una auténtica mujer, ni dentro ni fuera de la pantalla.

—Nadie es perfecto... —alegaba Simon—. Si quieren buenos guiones para ellas, que se los escriban ellas.

Y fue entonces cuando ellas comenzaron a escribirlos.

Y eran buenos.

Tardaron mucho en aprender la lección, puesto que para colmo de males empezaron a emerger directoras que sabían plasmar lo que otras mujeres habían querido decir, al tiempo que dejaban de lado a un par de machistas que tan sólo pensaban en bragas y en braguetas.

Ser joven tiene un precio y lo pagaron.

Normalmente, es un precio que se abona a base de poner sobre la mesa un año de vida tras otro, pero los abultados intereses no siempre los asume con naturalidad el paso del tiempo.

Al fin y al cabo, y tal como sentenciaba su padre, «Más vale ser joven equivocado que viejo acertado».

Volvió al presente con el fin de inquirir:

—¿Qué has pretendido decir con eso de que llevaba en peligro demasiado tiempo?

—No lo sé exactamente —fue la desconcertante respuesta—. Que yo recuerde era un inconsciente a la hora de asumir riesgos y nada le asustaba, pero últimamente vivía aterrorizado. Y por lo que estamos viendo le sobraban razones.

—¡No fastidies...!

—Durante años constituyó mi pasatiempo favorito —admitió ella—. Pero al fin maduré, cosa que, por cierto, tardasteis mucho en hacer.

—¿Y de qué nos sirvió? Pero dejemos de hablar de nosotros e intenta aclararme qué era lo que atemorizaba a Simon.

—Supongo que sus propios pensamientos.

—Nuestros pensamientos no pueden atemorizarnos a no ser que incluyan el suicidio, y no creo que fuera el caso.

—Y no lo era. Simon nunca se hubiera suicidado porque aseguraba que tenía que hacer algo «muy, muy importante».

—¿En relación con qué...?

—No tengo ni la menor idea.

—¡Pero algo tuvo que contarte! —protestó él con vehemencia—. Eras su hermana.

—Y tú su mejor amigo... ¿Acaso te contó algo?

Era una respuesta lógica y no le quedó más remedio que aceptarla. Ciertamente si algo había asustado a Simon se lo habría contado a él antes que a su hermana.

—Tenemos que encontrar esa libreta.

—Supongo que ya no existe.

—¿Qué te hace suponerlo?

—Llámalo intuición femenina o llámalo lógica. Si hay algo realmente turbio en la muerte de Simon, este no es un estúpido guion de los que solíais escribir al principio; aquellos donde el protagonista era el ínclito y nunca bien ponderado «Hombre Amoldable», y en los que los culpables eran unos cretinos que siempre dejaban cabos sueltos.

Lo que más le molestó siempre de aquella «niña plasta» era que acostumbraba a tener razón y sus argumentos resultaban indiscutibles, excepto en todo aquello que se refiriera a su exacerbado feminismo.

Extrajo el sobre del bolsillo con el fin de hacerle notar:

—En ese caso, tan sólo nos queda esto.

—No es más que un sobre.

—Pero la letra no es suya.

Gloria la estudió detenidamente para acabar por asentir convencida:

—No. No lo es. Y tiene matasellos del jueves, cuando Simon ya estaba en el hospital.

—Eso quiere decir que la carta la enviaron desde el hospital.

La enfermera era una mujerona sudorosa e impaciente que consultaba continuamente un viejo reloj de bolsillo ya que se encontraba agobiada por el exceso de trabajo, en unos tiempos en los que el personal se había reducido al mínimo debido a la maldita afición de los políticos a ahorrar en todo, excepto en cuanto se refiriera a sus privilegios.

Pese a ello dispuso del tiempo suficiente para admitir que había enviado la inusual misiva.

—Sabía que no tardaría en morir porque lo habían destrozado interiormente y no podía negarme pese a que me pareciera un capricho absurdo —admitió casi de inmediato—. ¡Un sobre y una colilla! ¡Qué disparate...! Tan sólo se le

habría ocurrido a un loco, pero a mi modo de ver no estaba loco... Obsesionado sí, pero no loco.

—¿Y qué significado tiene la colilla?

—¿Y a mí qué me pregunta? Bajé a la calle y cogí la primera que encontré. Me rogó que escribiera la dirección con letras muy claras, porque se trataba de un apellido muy enrevesado y que no le dijera nada a nadie ni a su hermana, que si no recuerdo mal, volvía de vacaciones esa misma tarde. —Consultó una vez más su vetusto reloj—. Por mi parte he cumplido y ahora si me disculpa tengo que irme; hay más gente que espera para morirse.

No regresó a casa de Simon; estaba cansado de llorar y no tenía ganas de decirle a Gloria que al parecer su hermano había perdido la cabeza pocas horas antes de perder la vida.

Recordaba que años atrás habían escrito un guion abominable en el que la policía conseguía atrapar a un inepto asesino gracias a que había dejado en el lugar del crimen un cigarrillo de una marca que tan sólo acostumbraban a fumar los turcos. Pero la colilla del sobre no tenía marca, y según había reconocido la enfermera la había elegido al azar.

Eso quería decir que de poco hubiera servido que la tecnología forense de última generación consiguiera identificar al fumador.

Podía ser cualquiera.

Pasó por una joyería y pidió que le enviaran a la atareada enfermera el mejor reloj de bolsillo que tuvieran, acompañado de una tarjeta suya en la que le daba las gracias por las molestias que se había tomado.

El tren, especialmente de noche, había constituido siempre un magnífico lugar para reflexionar, pero en esta ocasión ni la oscuridad ni el traqueteo le sirvieron de la menor ayuda.

Se devanó los sesos intentando encontrar algún sentido a tan incomprensible mensaje, pero le resultó imposible.

«¿Qué pretendías decirme...? —inquirió como si en verdad Simon pudiera oírle—. Sabías que tengo imaginación, pero no tanta...».

Los tres días siguientes los pasó encerrado en su apartamento releendo los incontables guiones que habían escrito, e incluso repasando notas y apuntes sobre viejas historias que nunca habían llegado a concluir, pero excepto la deleznable secuencia del cigarrillo turco, no encontró ni una sola línea que condujera a parte alguna.

Habían trabajado juntos durante muchos años en el viejo y divertido oficio de confundir al espectador obligándole a transitar por senderos equívocos, entremezclando pistas y acabando, casi siempre, por aclarar que todo debía atribuirse a un trauma infantil que había quedado marcado a fuego en el subconsciente de los protagonistas.

Se habían rodado magníficas películas sobre un resbaladizo tema que a menudo rozaba el ridículo, pero ellos jamás habían escrito ninguna que mereciera ser recordada.

Lo suyo se centraba más en la acción y las bajas pasiones, con rudos vaqueros que siempre acababan alejándose galopando rumbo a poniente, impasibles pistoleros o desengañados policías que se despertaban corruptos y se acostaban heroicos.

Habían alcanzado notables éxitos comerciales en campos siempre sembrados de cadáveres, y en los que continuamente se escuchaba el silbido de las balas sin que ninguna atravesara el aire, porque como muy expresivamente señalara años atrás el inefable Giovanni: «Yo jamás produzco películas en las que abunden los tiros; produzco películas en las que abunda el ruido. Los tiros, aunque sean de mentira, cuestan caros, mientras que para el ruido utilizo siempre la misma banda sonora».

No pudo por menos que sonreír al recordar al astuto maestro en el arte de maquillar decorados haciendo creer al espectador que había pagado por ver una multimillonaria

superproducción cuando en realidad se trataba de un burdo reciclaje.

Giovanni era capaz de transformar el palacio de Nerón en un cuartel general nazi sin más ayuda que seis latas de pintura y tres banderas.

Le encantaba decir:

«Somos los más grandes porque conseguimos que la gente vea lo que queremos que vea, oiga lo que queremos que oiga, y piense lo que queremos que piense, y eso, ni Dios, ni aun el mismísimo Stalin, que ya debe de estar conspirando para quitarle el puesto, lo consiguieron nunca».

Él fue quien le aconsejó:

«Nunca produzcas un guion que hayas escrito, ni pongas de protagonista a tu mujer, porque te arriesgas a acabar cornudo y arruinado».

Siguió a pies juntillas su consejo y consiguió triunfar en el mundo del cine, aunque probablemente se debió a dos razones de peso: jamás había vuelto a escribir un guion, y jamás se había casado.

En los lejanos tiempos en los que aún trabajaba con Simon habían llegado a una firme convicción: vender los derechos de una historia era como casar a una hija: lo único que se podía hacer era rezar para que no la maltrataran al punto de dejarla irreconocible.

En cierta ocasión asistieron abochornados y estupefactos al estreno de una película en la que figuraban como autores pese a que en la pantalla no apareciese ni una sola escena ni una sola frase de las que habían escrito.

Aquel fiasco constituyó el comienzo del fin de su larga colaboración, debido sobre todo a que, al morir su padre, Simon se vio obligado a ponerse al frente de la empresa familiar, habida cuenta que la industria del zapato estaba en alza mientras que la del cine entraba en franca decadencia.

Un hombre sin familia como él podía y debía mantenerse en la lucha, pero a un hombre como Simon, del que de-

pendían una madre, una hermana, una abuela y una tía sorda, le resultaba muy difícil continuar aspirando a un Oscar.

Fueron tiempos muy duros.

Le costó sudor y sangre establecerse en una ruidosa, apesotosa, polucionada y agobiante ciudad en la que apenas conocía a nadie, teniendo que crear sus historias sin el socorrido frontón de aquel que jamás dudaba un segundo a la hora de pontificar con voz campanuda:

—Esto, querido mío, es una memez que no amerita ni un solo fotograma. ¡Es más...! ¡Ni siquiera una foto! Como continúes cagándola me temo que van a tener que rodar con rollos de papel higiénico.

—¡Pues aporta alguna idea que no apeste...!

—¿Para semejante pestiño infumable...? —fingía escandalizarse Simon—. Reservo mi genio para el día en que encontremos un argumento que nos permita escribir una obra maestra.

Pero los buenos argumentos no eran conejos que pudieran rastrearse en sus madrigueras, ni tan siquiera liebres a las que echarles los galgos, debido a lo cual el añorado «Oscar» arrojó su espadón, enfundó su revólver, subió a su caballo y se fue alejando mientras su dorada y monda calva devolvía los rojizos rayos del sol del ocaso...

«Funde en negro».

Aquella era la forma en que de niños les gustaba ver acabar las películas, y la razón por la que no se iban a jugar al fútbol encerrándose a emborronar libretas que se suponía que estaban destinadas a contener apuntes de química o problemas de álgebra.

Incluso crearon un personaje mítico; el «Hombre Amoldable», que conseguía que físicamente las mujeres le vieran como siempre habían imaginado que sería su pareja ideal, lo cual en principio le permitía ligar con todas, pero sus relaciones fracasaban estrepitosamente debido a que a la semana ya intentaban cambiarle.

Nadie se atrevió a financiar semejantes películas.

Sonó el teléfono y no le sorprendió escuchar la voz de Mark Reynolds:

—Me he enterado de la muerte de Simon. Te acompañó en el sentimiento porque sé que para ti era como un hermano.

—¡Gracias! No sé lo que es tener un hermano, pero se le debe parecer mucho.

—Llegaré mañana. ¿Has leído la sinopsis que te envié?

—No estoy de humor.

—Lo entiendo, pero te agradecería que lo hicieras porque si no te interesa tendré que buscarme otro coproductor.

—Empezaré ahora mismo.

No había nada que le apeteciera menos que ponerse a leer la sinopsis, no ya de una película, lo cual al fin y al cabo formaba parte de su vida, sino sobre todo de una serie de televisión, porque desgraciadamente, y por culpa de internet y la piratería permitida por los gobiernos, el cine, el buen cine, aquel que le había hecho soñar en una sala a oscuras casi desde que tenía uso de razón, había tenido que ir dando paso a unas casi interminables series que alargaban una buena historia hasta convertirla en un indigerible culebrón.

Una vez más el arte había tenido que deponer sus armas ante una industria de la que habían desaparecido los grandes productores capaces de arriesgarlo todo en pos de un sueño, dejando su lugar a abominables ejecutivos de calculadora en mano a los que lo único que les importaba era que «el resultado obtenido» rindiera un beneficio neto superior al doce por ciento.

Tomó asiento en su butaca predilecta y se dispuso a sufrir un duro castigo.

SEC 1. Miles de enormes murciélagos sobrevuelan la quietud de la selva casi ocultando el sol del amanecer, se cuelgan de copudos árboles y sus excrementos impregnan la tierra, las hojas y los frutos caídos.

Al poco aparece una manada de cerdos salvajes que devoran esos frutos hociqueando entre los excrementos.

El sol está ya muy alto cuando suena un disparo y un cerdo cae abatido en un claro en la selva. De inmediato de entre la espesura surge un nativo que se lo carga a la espalda pese a que chorrea sangre.

Clavado en un hierro y girando sobre sí mismo, el cerdo se va asando lentamente mientras en torno a la hoguera ocho o diez miembros de la familia del cazador aguardan impacientes y no tardan en repartirse la abundante y apetitosa cena.

Ya de día y en la hoguera tan sólo quedan cenizas mientras dos perros roen lo poco que ha quedado en los huesos.

De la mayor de las cabañas surge un niño que de improviso se detiene, se apoya en un árbol y comienza a vomitar.

SEC 2. Visto desde lo alto de los acantilados y fondeado en una tranquila cala de rocas se distingue un yate en cuya cubierta aparecen dos cadáveres, mientras en el agua flota otro mecido por diminutas olas.

Una barca de pesca hace su aparición doblando el cabo, se aproxima y sus tres ocupantes observan la escena sin decidirse a desembarcar.

Les inquieta ver el aspecto de los cadáveres y comentan que más vale mantener la distancia porque, sin duda, se trata de un mal contagioso.

Advierten que en la arena se distingue una lancha neumática con el nombre del yate, y que desde ella parten huellas humanas que se alejan rumbo al acantilado.

Por medio de la radio se ponen en contacto con las autoridades portuarias comunicándoles su macabro hallazgo.

SEC 3. Bay&De es una gigantesca empresa farmacéutica cuya central se encuentra en cualquier gran capital del mundo. En un lujoso despacho, su presidenta y mayor accionista —hija del anterior presidente y mayor accionista, Herta— planifica con tres de sus ejecutivos la estrategia a seguir con el fin de obtener el mayor